

ness". Sentimiento profundo y maestría es algo que puede decirse de muchos autores. Lo que interesa es saber en qué consiste la diferencia del estilo de Moreto con respecto al estilo de Tirso de Molina.

En la página 152 nos dice Casa:

This consideration of Moreto's dramatic craftsmanship reveals that the playwright had one dominant interest: the best possible expression of his themes.

Es indiscutible que esta conclusión es correcta, no sólo en cuanto a Moreto sino en cuanto a cualquier escritor que estudiemos. Lo importante es reducir esta generalización al campo visual del dramaturgo y determinar en qué consiste esa expresión artística precisamente suya.

En suma, debemos recordar que Moreto, al igual que sus contemporáneos, refundió numerosas obras anteriores. Nos queda por comprender el estilo de sus refundiciones dentro del marco histórico en que fueron elaboradas.

RAQUEL KERSTEN

University of Wisconsin, Green Bay.

DIEGO DE TORRES VILLARROEL, *La barca de Aqueronte* (1731). Édition critique d'un autographe inédit par Guy Mercadier. Centre de Recherches Hispaniques, Paris, 1969; 465 pp. (*Thèses, mémoires et travaux*, 13).

Alabada ya por RUSSELL P. SEBOLD en su reseña de *HR*, 39 (1971), 219-222, bien merece un nuevo elogio esta esmerada edición de *La barca de Aqueronte* basada en un autógrafo sin nombre, y con fecha de 1731, hallado en la H. S. A. Asistimos al detallado proceso de corroborar la mano de Torres en el ms. mediante el cotejo del autógrafo con dos cartas de la misma época y de esa misma mano (pp. 10-14, con reproducción fotográfica de una de las cartas en la p. 12 y de un folio de *La barca* en la p. 13), tras lo cual se nos ofrece un minucioso análisis de la ortografía y de otras características de la escritura torresiana, muy útil para quienes, como JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS ("Puntualizando un dato en la biografía de Torres Villarroel", *Miscelánea erudita*, Madrid, 1957, p. 36, nota 2), sospechan que la obra de Torres comprende bastante más que lo conocido. Con la misma minuciosidad se nos presenta el texto de *La barca*, cuya "disposition originale" (p. 42) se mantiene, hasta el punto de lograrse una coincidencia exacta entre las páginas de esta edición y los folios del ms. en cuanto al número de palabras por línea y al número de líneas por folio y página, si bien, por otro lado, se ha modernizado y modificado el texto en ciertos sentidos (véase p. 42), con el propósito de facilitarle su comprensión al lector actual. En las páginas pares está el texto de *La barca*; en las impares, en la parte superior, aparecen enmiendas hechas por el propio Torres, a veces con

explicaciones breves de Mercadier o con correcciones que le han parecido convenientes, y en la parte inferior las variantes entre el ms. y las eds. de 1743 y 1752, al igual que entre el mismo y los *Desahuciados del mundo y de la gloria*, obra que en una época incluía ciertos pasajes de *La barca* (texto de 1731), los cuales, sin embargo, no figuran ya en la edición del 43. Las enmiendas textuales que Mercadier hace en las páginas pares van señaladas por varios signos que constituyen diversos tipos de corrección. Las notas —tan cabales y detalladas como todo lo descrito hasta ahora— aparecen al final, antes de la bibliografía, y reflejan un vasto conocimiento de la materia.

El autógrafo presenta dos partes desconocidas hasta ahora: una contra los universitarios (“juicio” segundo) y otra contra los nobles (“juicio” cuarto). Se trata de dos temas que tocan muy de cerca a Torres, catedrático burgués, y que por lo tanto pueden verter más luz sobre la compleja personalidad humana y literaria de un hombre que todavía necesita y merece mucho más estudio que el que le ha dedicado la crítica. La labor filológica de Mercadier es tan brillante, que es imposible no percatarse del contraste entre esa labor y la del crítico que en la Introducción dedica apenas unas páginas a comentar el valor y la originalidad de *La barca de Aqueronte*. Se entiende que no le interesaba hacer ahí un análisis exhaustivo ni mucho menos, pero aun así nos sentimos algo defraudados, acaso porque hay tanto que hacer todavía con Torres y son tan pocos los especialistas, preparados e interesados como Mercadier para hacerlo, acaso por culpa nuestra, que le exigimos al filólogo tarea de crítico. El hecho es que quedan en pie preguntas claves, no sólo sobre la estética de *La barca* y su relación con los Sueños villarroelianos en general, sino igualmente sobre el lugar de esos Sueños dentro de la literatura grotesca, por difícil y aun imposible de definir que sea ésta. Hace falta explorar en la dirección trazada por R. P. SEBOLD en su “Torres Villarroel, Quevedo y el Bosco”, *Ins*, 1960, núm. 159, o en su Introducción a las *Visiones y visitas*, Madrid, 1966, pp. lxxi-xci, y por PAUL ILIE, “Grotesque portraits in Torres Villarroel”, *BHS*, 45 (1968), 16-37, dirección que apunta hacia la estética expresionista-grotesca, relacionada en tantos sentidos con el humor y la sátira. Hace falta seguir comparando a Torres con otras figuras que la de Quevedo (aunque ciertamente no podamos nunca olvidarnos de la influencia del gran poeta seiscientista), para así apreciar en mayor grado la originalidad torresiana dentro de lo estructural grotesco. Hace falta, en fin, ver a Torres a la luz de un estudio como el de WOLFGANG KAYSER, *Das Groteske: seine Gestaltung in Malerei und Dichtung*, Hamburg, 1957, y no temer ser ridiculizados al situar a un autor considerado tradicionalmente secundario al lado de gigantes de lo grotesco como Dante, Sterne y Kafka, pues sólo así podrá llegarse a una conclusión más o menos definitiva de cuán secundario en realidad es o no el escritor español, al menos en cuanto a su estética grotesca.

Es mucho pedirle a la introducción de una edición, de acuerdo; pero hay que empezar a hacerlo, siquiera en ese plano más general. Los especialistas en Torres Villarroel han sido demasiado tímidos —anda incluso por ahí la idea de que su figura es más interesante que su obra—, y

no parecen querer admitir que una obra particular suya bien puede soportar el peso de una crítica detenida y dedicada exclusivamente a ella. De ahí que cuando se editan los *Sueños*, o *La barca*, o cualquier otro escrito, sea ya casi inevitable que el editor dedique una parte considerable de su introducción a la *Vida* —y muchas veces como recurso de biografía literaria más bien que como literatura autobiográfica— o a un resumen general de la vida y obras villarroelianas.

De esta tacha se libra Mercadier, y si la parte crítica de su Introducción no es tan completa como sería de desear, por otro lado no deja de apuntar ciertas sendas a seguir y problemas a explorar. Señalaré, por ejemplo, su observación de que con Torres los abusos y escándalos universitarios entran por primera vez en la literatura (p. 36), y la nueva luz que vierte sobre la crítica antinobiliaria de parte de este escritor burgués (pp. 37-41), tema que podría aportar mucho al desarrollo de un estudio sobre la estética social en Torres. Ni tampoco deja Mercadier de plantear una vez más el problema de Torres dentro de esa doble faz histórica de su época —tradicionalismo e ilustración— al señalarlo como precursor en este sentido social de algunas ideas de Cadalso, Jovellanos, Cabarrús, y hasta del mismo J.-J. Rousseau en cierto momento (pp. 38-41).

La Introducción incluye también un resumen analítico que tiene el valor de ofrecer a vista de pájaro una especie de índice que facilita encontrar tal o cual pasaje o episodio en los folios de cada uno de los "juicios", así como un estudio del ms. de Nueva York, el cual incluye esa parte crítica de la que ya hemos hablado, y, naturalmente, una explicación del procedimiento utilizado por el editor. La bibliografía se limita a la usada por Mercadier en esta edición, y los apéndices tratan de diversas materias: aprobaciones, licencias, ediciones de *La barca* posteriores a 1752, testimonios, etc.

En fin, una edición muy digna del tan injustamente olvidado Torres Villarroel. Cualquier aspecto negativo que se le haya encontrado, se olvida pronto al volver a hojearla.

EUGENIO SUÁREZ-GALBÁN

Mount Holyoke College.

GONZALO SOBEJANO, *Nietzsche en España*. Gredos, Madrid, 1967; 687 pp. (BRH, *Estudios y ensayos*, 102).

Son raras las ocasiones en que una obra atrae con el mismo vigor al aficionado y al erudito; aún más extraordinaria resulta aquella que implica una revelación para unos y una perspectiva inaugural para los demás. Excepcional es la aparición de un trabajo que, revistiendo todos estos caracteres, manifiesta una perfecta simplicidad técnica, una coherencia temática persistente desde el principio y un entrelazamiento de criterios que llega a echar las bases de un genuino sistema crítico. A esta categoría pertenece el libro de Gonzalo Sobejano *Nietzsche en España*.